

César Vidal

# El Holocausto



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Autor representado por Silvia Bastos S. L., Agencia literaria

Primera edición: 1995  
Tercera edición: 2016  
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Foto de identidad de una prisionera del campo de Auschwitz  
(*detalle*) © ACI/Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© César Vidal Manzanares  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-483-3  
Depósito legal: M. 25.873-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Prólogo a esta edición
- I. Antes de la guerra (1933-1939)
- 19 1. Los antecedentes ideológicos del Holocausto
- 19 Los orígenes
- 20 El antisemitismo en el mundo clásico
- 21 El nuevo antisemitismo religioso
- 25 El antisemitismo hasta el siglo XIX
- 27 El antisemitismo «científico»
- 29 El antisemitismo «ocultista» o «teosófico»
- 37 2. De la toma del poder a la *Kristallnacht*
- 37 1933, el primer año
- 46 Las Leyes de Nüremberg
- 51 El despojo ario
- 56 3. De la *Kristallnacht* al estallido de la guerra
- 56 El incidente polaco
- 59 La noche de cristal (*Kristallnacht*)
- 65 La «expiación» económica
- 67 La emigración judía

## II. *Blitzkrieg* (1939-1941)

- 75 4. Estalla la guerra
- 78    Los nuevos siervos
- 78    El experimento polaco
- 80    Hacia el gueto
- 82    El establecimiento de los guetos
  
- 88 5. La invasión de la URSS y los Einsatzgruppen
- 90    Einsatzgruppen: la primera oleada
- 95    Einsatzgruppen: la segunda oleada
- 97    El descubrimiento del Holocausto

## III. La «Solución final»

- 101 6. La Conferencia de Wannsee y la «Solución final»
- 101    La «Solución final» y la Conferencia de Wannsee
- 107    El inicio de los campos de exterminio y la «Operación Reinhard»
- 111    El Holocausto es conocido
  
- 117 7. Auschwitz
- 121    Las condiciones de vida
- 125    La explotación del recluso
- 128    Auschwitz es conocido en Occidente
  
- 130 8. La guerra cambia de signo
- 130    El principio del fin
- 132    Entre la colaboración y la sublevación
- 148    El éxito del plan de exterminio

152	9. El final
152	Alemania pierde la guerra
153	Las deportaciones húngaras: primer acto
158	Las deportaciones húngaras: segundo acto
159	El final de Auschwitz
161	El caos
162	La huida
168	10. Víctimas y verdugos
168	La huida de los verdugos
175	Las víctimas
183	Conclusión. ¿Por qué tuvo lugar el Holocausto?
194	Notas
209	Apéndices
211	Cuarenta textos para la historia del Holocausto
256	Grados en las SS, la Wehrmacht y el NSDAP
261	Glosario
264	Los protagonistas de la «Solución final»
273	Mapas y planos
281	Cronología
333	Bibliografía
337	Índice analítico



## Prólogo a esta edición

La tarde del día 27 de enero de 1945, las tropas soviéticas llegaron ante el campo de exterminio de Auschwitz. Aunque ya el año anterior habían tenido ocasión de liberar otros campos establecidos por los nazis, lo que allí encontraron superaba lo contemplado hasta el momento. Hasta la una de la madrugada de aquel mismo día, las SS se habían esforzado por borrar las huellas de lo acontecido en aquel lugar. Sin embargo, la cercanía del enemigo soviético había impedido que lo consiguieran de manera total. De los treinta y cinco almacenes del campo, aún quedaban en pie seis. En su interior, como testigos mudos de aquellos a los que habían arrancado la vida, había, entre otros despojos, 368.820 trajes de hombre, 836.255 de mujer y una cantidad inmensa de ropa infantil. Muestra macabra del botín era asimismo el almacenamiento de siete toneladas de cabello humano que procedían de los reclusos y que los nazis no habían teni-

do tiempo de aprovechar. Mientras los soldados recorrían el sombrío lugar, iban descubriendo, presas del estupor, cómo por todas partes yacían centenares de cadáveres sin enterrar. Los supervivientes, en su inmensa mayoría auténticos esqueletos con la piel sobre los huesos, eran unos siete mil.

Sin embargo, y pese a todo el horror que simbolizaba, Auschwitz era sólo un ejemplo de lo que el mundo conocería después como la *Shoah* o el Holocausto. A medio siglo de aquella liberación, el simple paso del tiempo ha llevado a los personajes a difuminarse en la memoria colectiva. Telford Taylor, jurista norteamericano que tan relevante papel desempeñó en los procesos de Núremberg, ha señalado en una obra reciente<sup>1</sup> cómo nombres del tipo de Ribbentrop, Goering, Goebbels o incluso Hitler, que tan comunes eran en los años cuarenta, han terminado por convertirse en algo desvaído y lejano. Efectivamente es así. No menos grave que ese olvido es la insoportable –e intolerable– frivolidad con que políticos, periodistas y gente de a pie utilizan términos como «genocidio», «exterminio» o «nazismo» sin percatarse quizá de que al igualar posturas y conductas no pocas veces reprobables con el Holocausto tan sólo contribuyen a minimizar e incluso a trivializar una tragedia humana cuyas características son realmente muy específicas.

La redacción de este libro fue fruto en su momento –1994 y 1995– del deseo de que aquellos que no conocían el Holocausto pudieran adquirir una imagen fundamentada en las fuentes históricas de primera mano acerca de lo que éste fue. Ocho años después considero además una finalidad fundamental la de que ese conoci-



miento les permita discernir lo que este acontecimiento tuvo de especial y específico en relación con otras terribles experiencias sufridas por la Humanidad. Comenzando con una breve introducción acerca de las raíces ideológicas del Holocausto –un tema que he estudiado previamente en *Los incubadores de la serpiente*<sup>2</sup>–, la presente obra aborda los inicios del mismo antes del estallido de la guerra, el período de victorias del nazismo en que se pasó de una legislación antisemita a la cristalización de un plan de exterminio de todos los judíos conocido como la «Solución final», el desarrollo del exterminio masivo siguiendo patrones de rapidez, extensión e industrialización, y, finalmente, los últimos meses de la guerra y el destino posterior de verdugos y víctimas.

Precisamente por ese carácter de obra introductoria, he considerado pertinente complementar la misma con algunos apéndices que estimo indispensables. Así he incluido un apéndice documental en el que he primado de manera absoluta las propias fuentes nazis. Tal selección se debe no al hecho de que los testimonios de las víctimas o de los Aliados no sean importantes (¡todo lo contrario!), sino a que la fría brutalidad del genocidio es, en mi opinión, más fácil de captar a través de las propias declaraciones de sus ideólogos y ejecutores. Asimismo, y dada la considerable extensión temporal y geográfica de este episodio, he incluido una cronología en la que, siquiera sucintamente, se han recogido algunos de los hechos más significativos relacionados con el Holocausto desde 1933 a 1945. No todo el mundo –y es lógico– está familiarizado con los términos militares y administrativos propios del nazismo ni tampoco con sus jefes

principales. Precisamente por ello, este libro lleva asimismo un glosario de términos, una breve enumeración biográfica de personajes y una descripción de los distintos grados jerárquicos.

Son múltiples las personas que en su momento me prestaron su ayuda desinteresada en la realización de esta obra y que merecen por ello mi más profundo agradecimiento. Por su nombre debo, en primer lugar, mencionar a mi editor en Alianza Editorial en aquel entonces, Ricardo Artola, que, desde el primer momento, captó la importancia del tema y la necesidad de dar a conocer a las generaciones venideras lo que éste significa. También debo expresar mi más sincera gratitud a la Dra. Sultana Wahnón de la Universidad de Granada y a Esther Bendahan, que leyeron la conclusión de este libro y me expresaron sus interesantes sugerencias al respecto. *Last but not least*, debo agradecer su colaboración al Dr. Samuel Amsalem, que examinó la práctica totalidad del primer original y que me aportó comentarios muy valiosos sobre el mismo. Desde entonces los nombres se han ido sumando: Avner Shalev, director del museo Yad Vashem en Jerusalén, o Perla Hasan, encargada del departamento iberoamericano de la misma institución, y su esposo Maurice son tres de las personas a quienes debo añadir a mi lista de agradecimiento. No son empero las únicas. A ellas deben sumarse otros nombres como los de Mario Muchnik, Uriel Macías o Gabriel Albiac a la hora de añadir, quizá sin saberlo, nuevos elementos a mi reflexión sobre el Holocausto. En cualquiera de los casos, resulta obvio que las deficiencias no pueden ser atribuidas más que a su autor. El mismo se sentirá plena-

mente satisfecho de su labor si uno solo de los lectores puede comprender a través de estas páginas, y aunque sea de manera limitada, lo que fue el Holocausto.

Madrid, verano de 2003



## I. Antes de la guerra (1933-1939)



# 1. Los antecedentes ideológicos del Holocausto

*Tened en mente las devastaciones que la bastardía judía causa cada día en nuestra nación [...] Considerad cómo la desintegración racial merma y a menudo destruye los últimos valores arios de nuestro pueblo alemán [...] Esta contaminación de nuestra sangre, ignorada ciegamente por centenares de miles de personas de nuestro pueblo, es llevada a cabo de manera sistemática por el judío de hoy. Sistemáticamente estos parásitos negros de la nación contaminan a nuestras inexpertas y jóvenes muchachas rubias y de esta manera destruyen algo que ya no puede ser reemplazado en este mundo. Ambas, sí, ambas confesiones cristianas miran con indiferencia esa abominación y la destrucción de una criatura noble y única, concedida a la tierra por la gracia de Dios.*

Adolf Hitler, *Mein Kampf*, p. 562.

## Los orígenes<sup>1</sup>

Las manifestaciones iniciales del antisemitismo se pierden en la noche de los tiempos. Es la Biblia la primera fuente histórica que hace referencia a una serie de acciones que podríamos denominar antisemitas. El libro del Éxodo relata así, primero, el descenso de los hijos de Israel en la pirámide social de Egipto y, después, la política genocida seguida por un faraón, tal vez Tutmosis III, seguramente en el siglo XV a. C., que ordenó la muerte de

los varones recién nacidos en Israel<sup>2</sup>. No deja de ser sugestivo el hecho de que en el milenario relato del Éxodo se haga referencia a alguna de las medidas antisemitas que, vez tras vez, serían desencadenadas sobre los judíos en los siglos venideros. Así, en el mismo nos encontramos con la reducción de los israelitas al estado de parias, con su adscripción a tareas laborales forzosas e impopulares, con su confinamiento en recintos que, posteriormente, serían llamados guetos y, finalmente, con disposiciones encaminadas a reducir su ya de por sí escaso número.

## El antisemitismo en el mundo clásico

El antisemitismo egipcio no iba a ser el único que haría acto de presencia en el curso de la Historia antigua. El mundo clásico, nimbado a veces de una irreal orla de tolerancia en muchas de nuestras visiones contemporáneas, osciló entre el desprecio hacia los judíos y el deseo de acabar directamente con su existencia mediante una política de asimilación forzosa. A la primera vía se inclinaron los autores helénicos y romanos que no conseguían entender cómo alguien educado y culto podía creer en un solo Dios e integrarse, o acercarse considerablemente, a un pueblo considerado bárbaro. Fue el caso de Cicerón, de Persio, de Marcial, de Apión o de Manetón. A la segunda vía se adscribieron las poblaciones entregadas periódicamente a la realización de pogromos *avant la lettre* y algunos gobernantes. Los ejemplos no son escasos. Así, en el siglo II a. C., Antíoco IV, heredero



iluminado del helenismo de Alejandro, no dudó en dictar normas que proscribían con la muerte el hecho de ser judío. Siguiendo sus órdenes, se procedió a quemar rollos de la Torah mosaica, se profanó el Templo de Jerusalén y se prohibieron la circuncisión y el cumplimiento de otros mandamientos. Si la rebelión judía de los Macabeos acabó con aquel ataque dirigido contra las raíces espirituales del pueblo judío, en absoluto eliminó las posibilidades de que se repitiera en el futuro. El levantamiento judío del 66 d. C. y la sublevación de Bar Kojba a inicios del siglo II d. C., lejos de asegurar la independencia nacional judía, concluyeron con la destrucción del Templo jerosolimitano, con el final de cualquier vestigio de autogobierno judío e incluso con la conversión de Jerusalén en una ciudad pagana cuya entrada estaba vedada a los judíos. A este antisemitismo clásico, en sus mejores momentos tolerante de los judíos como minoría de segunda, en los peores, partidario del ataque directo contra los mismos, se añadiría pronto un nuevo ingrediente de signo ideológico. Sería éste un nuevo antisemitismo religioso como el de ciertos autores clásicos, pero relacionado con una fe monoteísta.

## El nuevo antisemitismo religioso

El cristianismo originalmente no existió como una religión diferenciada del judaísmo. Su fundador, Jesús, era un judío; judíos fueron sus seguidores de manera exclusiva durante años; judías resultan igualmente las categorías de expresión ideológica utilizadas en el Nuevo Tes-

tamento, de cuyos veintisiete libros, veinticinco fueron escritos por judíos<sup>3</sup>. E incluso el mismo Pablo de Tarso, tantas veces relacionado con el helenismo, engarzó su fe en un molde medularmente judío. A finales del siglo I d. C., sin embargo, este nexo de unión comenzó a quebrarse de manera inequívoca. El judaísmo surgido en Jamnia implicaría el desgajamiento de Israel de corrientes, no sólo judeo-cristianas, que hasta entonces habían sido legítimas en su seno. El cristianismo se iría gentilizando, progresivamente renegaría de buena parte de sus raíces judías y contemplaría a su *alma mater* más como a un rival que como a un hermano mayor.

El enfrentamiento directo entre judaísmo y cristianismo, teñido de tintes religiosos, adquirió características de proscripción para el primero al producirse el maridaje de Iglesia y trono en el siglo IV d. C. Arrancando no del mensaje del Nuevo Testamento sino más bien de las raíces antisemitas propias del helenismo, padres de la Iglesia oriental como Juan Crisóstomo<sup>4</sup> se entregarán a una diatriba antisemita que arrinconará a los judíos en una disyuntiva feroz: o conversión y asimilación o lealtad a su judeidad e intolerancia de distintos grados.

El antisemitismo religioso se irá extendiendo a lo largo de la Edad Media por todo el orbe cristiano. Por un lado, y de manera en general no percibida, el cristianismo, identificado decididamente con el mundo clásico pagano, con el desaparecido imperio romano, irá desnaturalizándose y realizando una relectura de sus orígenes en clave no pocas veces antisemita. Llegado a este punto no resultará difícil reproducir los excesos antisemitas del

mundo antiguo. Así, se prohibirán el matrimonio y las relaciones sexuales entre judíos y cristianos (Concilio de Elvira, 306); se vedará el acceso de los judíos a los empleos públicos (sínodo de Clermont, 535); se ordenará la quema de sus libros sagrados (Concilio de Toledo, 538); se obstaculizará su acceso a la justicia (III Concilio de Letrán, 1179); se les recluirá en guetos (sínodo de Breslau, 1267); se les forzará a la conversión; se desencadenará periódicamente contra ellos la ferocidad de las turbas, y, finalmente, se decretará su expulsión (en Inglaterra, 1290; en Francia, 1306 y 1394; en diversos lugares de Alemania, 1424 y 1438; en España, 1492).

Junto a la condena ideológica vendrá la caracterización, falsa y maligna, de lo que se considera prototipo judaico. Del judío Jesús crucificado «bajo el poder de Poncio Pilato» se irá hacia el judío como asesino único y sádico de Cristo. Del judío no cristiano se pasará a la imagen del judío anticristiano culpable de asesinato ritual (una calumnia que se repetirá en la Rusia zarista del siglo XX y en la Alemania nazi), de envenenar las fuentes o de provocar la peste. Del judío marginado sin piedad de la vida social surgirá la imagen del judío usurero. *Summa iniuria* porque si el judío se dedica a la usura se debe a que el cristiano no puede hacerlo en virtud de las disposiciones canónicas de la Santa Sede y a que rara es la ocasión en que le permiten ejercer con libertad otras ocupaciones. De hecho, habrá que esperar a la Reforma protestante y a su regreso a la Biblia para que el judío conozca la emancipación siquiera en algunas partes de Europa y pueda ejercer diversos oficios.

Todas estas situaciones ni fueron coetáneas ni continuas a lo largo del Medioevo, pero, en mayor o menor medida, se reprodujeron vez tras vez, transformando a los judíos en un colectivo satanizado, convertido en periódico objeto de agresiones directas y progresivamente confinado geográfica, social y laboralmente. Por desgracia, las excepciones a esta tónica –la edad de oro de Sefarad, el Toledo de las tres religiones, etc.– ni fueron mayoritarias ni existieron tampoco con los tintes idealizados con que, en ocasiones, se describen.

Tan grave o más que el antisemitismo al que nos hemos referido fue el conectado con el Islam. Ya en el Corán y en los *hadiths* de Mahoma existen numerosos textos antisemitas que aún en la actualidad se utilizan como legitimación para comportamientos antijudíos. No en vano, el Islam niega la plena ciudadanía a los que no son musulmanes y judíos y cristianos deben conformarse como mucho con ser *dhimmies* sometidos al pago de un tributo y a la benevolencia de los gobernantes islámicos. Por eso precisamente no resulta sorprendente que fuera el califa Omar el primero en dictar una norma que obligaba a los judíos (y a los cristianos) a llevar una ropa específica. Asimismo la concentración de los judíos en zonas concretas y la imposición de una conversión religiosa so pena de morir encontraron sus primeras manifestaciones en la religión iniciada por Mahoma. Personajes como los judíos españoles Ibn Gabirol o Maimónides constituyen testimonios irrefutables de la terrible presión impuesta, salvo en ciertos períodos, por el Islam.

## El antisemitismo hasta el siglo XIX

El impacto enorme del antisemitismo religioso implicaría que su virus calara en la mentalidad de los no judíos independientemente de si eran o no creyentes. Así, no siempre los movimientos sociales especialmente vinculados al deseo de tolerancia influirían positivamente en la suerte de los judíos.

Ciertamente la Reforma protestante implicó una liberalización de la suerte de los judíos en algunos casos siquiera por su aspiración a una puesta en práctica de la libertad de conciencia. Pero esa influencia no fue igual en todas las ocasiones. Lutero, por ejemplo, se expresó en repetidas ocasiones sobre los judíos de manera compasiva y amable, pero al saber que algunos de ellos afirmaban que María, la madre de Jesús, era una prostituta<sup>5</sup>, escribiría una feroz diatriba en su contra en la que sugería que, siguiendo el ejemplo de los Reyes Católicos en España, se les debía expulsar de Alemania. El rechazo inmediato que el escrito tuvo entre sus partidarios –comenzando por el propio Melanchthon– y la nula repercusión política del mismo muestran hasta qué punto la suerte de los judíos iba a ser mejor en el universo protestante que en el católico. De hecho, el calvinismo (Holanda, Cromwell, etc.) se manifestó no sólo tolerante sino incluso acogedor para con los judíos –fue en esos territorios donde se asentaron no pocos judíos de origen sefardí expulsados de España– aunque no llegara a concederle un pie de igualdad.

Tal paso se daría ya con los protestantes *dissenters* que sí consagraron ese principio (como la Pennsylvania fun-